

la sombra, del silencio de paz. Moriría en la lámpara; la lengüecita roja haría brillar un momento las alas débiles, devoraría después el cuerpo suave.

Tuvo una dulce emoción en el alma. Entreabrió la ventana:

—¡Entrad, maripositas de alas doradas; entrad, maripositas; moriréis, pero en el fuego, que es luz, que es vida!



TRAGEDIA RIDÍCULA



TRAGEDIA RIDÍCULA

Cada cuento podría llevar al frente un nombre de mujer, de mujer amada por el poeta. Pocas veces os decimos lo que ha hecho; muchas, lo que quisiéramos que hubiese ocurrido: algo soñado cuando fué nuestro amor. Es la imagen de Ella que se asoma á nuestro ánimo por una alegre ventana encuadrada en verdor. Por eso tenemos á estas páginas el mismo afecto que á las viejas cartas olorosas que hablan de viejos cariños. Y yo quisiera ahora que á la ventana de mi ánimo diesen un suave perfume unas matas humildes de heliotropo, y que dentro quedase un ambiente tibio, una semisombra dulce, y que fuese esta historia la sensación de una vida obscura encerrada entre grises paredes, en un cuarto sin ruidos, donde hubiese una estampa de la Virgen, y, sobre una cómoda vieja, frascos de limpio cristal conteniendo un milagro de paciencia—un barco de marfil, flores de alambre—, y en el techo una esfera de vidrio azul, y junto al mirador

una sillita baja que sostuviese algún laborio de mujer.

¡Peregrinos del amor: bebed en todas las fuentes: en la de mármol fresco, en la que brota humilde. La oculta fontana del bosque no ríe al correr, pero ella os obliga á arrodillaros para saciar vuestra ansia, y así, junto al fluir misterioso, sentís más honda la sensación de frescor y en vuestra alma surge quizá un recuerdo sagrado: acaso el de la ninfa que lava su cuerpo entero en las fuentes humildes, acaso el de los tiempos en que el buen Dios andaba por el mundo y tuvo sed y fué brotando de una hendedura rocosa el agua clara para consuelo de los dulces labios. Bebed en todas las fuentes, peregrinos!

Cobijábalos la obscuridad del portal. Era estrecha la calle y las casas bajas. Se iluminó un farol en un extremo, luego otro, más próximo: fueron destellando después los demás de la calle, que apareció torcida y fea, brillantada por la lluvia. Seguía la pareja oculta una charla vulgar, y eran ahogadas sus voces, como son siempre ahogadas las frases de enamorados. La blusa blanca de la novia lucía borrosamente en lo oscuro, y lucía también, recogiendo perdidos reflejos, el charol de las botas hombrunas. Resonaba á veces el batir de una puerta en la vecindad, moviéndose sobre flojos encajes, y pasa-

ban y repasaban ante el portal mujerucas humildes, obreros que volvían de la labor con el calderito azul en la mano.

Y hablaba Ella:

—Quisiera tener otro nombre. ¿Piensas como yo?... Pilar, Pilar... ¡Es muy feo!

Y El, galante:

—Es un nombre adorable, nombre de Virgen.

—Quisiera llamarme Olga. ¿Te gusta? ¡Olga!...

Y paladeaba la música del nombre. Añadió de pronto:

—Tú te llamarías Ivan.

—¡Admirable!

—¿No has leído *La última lágrima*?

—¿*La última lágrima*?... ¿No es donde *flora* mucho una mujer?...

Y ella, recelosa de la ironía, casi indignada contra la ignorancia del amado:

—¡No, hombre!

—Pues, mira, juraría haberla leído. Pero, desde luego, me gusta, porque la última lágrima es siempre más simpática que la primera.

—No te burles. ¡Si sufrieses lo que ha sufrido Olga!...

—Si no me burlo, princesita. Estoy dispuesto á hacer contigo otra novela, á vivirla. ¿Quieres que te rapte?... Huiremos en dos caballos blancos, y yo me llamaré Ivan, y tendremos muchos hijos, muchos hijos, como en los cuentos infantiles, y ninguno de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1922 MONTEBEL, MEXICO

ellos se llamará Manolo, ni Pepe, ni Ramón... Y al final, nos casamos.

—¿Al final?

—Al final. En todas las novelas, los matrimonios ocurren en el último capítulo. Para alargar la nuestra tendríamos que bautizar á todos los pequeñuelos antes de vivir esas páginas.

Había rodeado el talle de la joven, y una de sus manos buscaba la abertura de la blusita. Ella lo rechazó fingiendo un enfado que desmentía su sonrisa.

—Aparta. No eres formal.

—Si es que te quiero mucho, Pilar. ¿No quieres adelantarme nada á cuenta de lo que hagamos cuando marchemos en nuestros palafrenes?

—No creo que hayamos de hacer nada.

—Es verdad. ¿A cuenta, entonces, de lo que realicemos al apearnos?

—No.

—Eres cruel.

—Y me iré, si insistes.

—Pues, hijita, nos hemos perdido un capítulo preliminar. Ya cedo.

Y siguió la charla en el fondo del portal obscuro. Había cesado de caer la lluvia, pero por los canalones resbalaban aún gruesas gotas que tenían un canticio metálico sobre los charcos. En la acera contraria iluminóse una ventana y pasó la figura de una mujer sosteniendo un niño: depositólo en el lecho que se adivinaba en el fondo del cuarto mise-

nable. Tenían las figuras, próximas á la luz mortecina, los tonos de un cuadro de Rembrand. En la pared colgaban guñapos; una mesa desnuda casi llenaba la salita. Y como el reflejo de la luz llegó al portal con un triste tono amarillento, frío, miraron los novios para la ventana, y fué como si aquella luz inquietante cortase su hablar. Vieron volver á la mujer, ya sin el niño, abrochando la chambra para ocultar los senos flácidos. El pensó:

—¿Cómo podrán vivir?

Y casi tuvo la sensación del ambiente de la casa vecina, llena de olor á pescado de ínfimo precio, de olor á humedad, á pobreza. Y la joven leyó todo esto en la expresión del amado, y enmudeció, cohibida, con cierta congoja por aquella luz suave y helada que traía un desencanto en sus ondas. ¡Cómo podrás vivir, Amor que no tienes colgadura en tu lecho, ni pieles á tus pies, ni perfumes en el cuerpo que estrechas! ¡Y es que Tú eres el pródigo dios que á todos nos cobija, y tienes para los ojos de todos unos lentes rosados, dulce Amor!

Llegó una mujeruca humilde y entró saludando; chancleteaban sus pies en las losas é iba su cuerpo encorvado en traza de sumisión más que de edad ó fatiga.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Subió; perdióse el chancleteo en la escalera, chirrió un gozne, crujieron las vigas ca-

leadas del techo bajo la presión de sus pies. Preguntó El entonces:

—¿Es tu madre?

Tuvo Ella una vergüenza dolorosa é íntima, vergüenza de la figurita envuelta en mantones oscuros, que arrastraba los pies, que tenía unas manos ásperas y flacas del color de la tierra.

—Es mi madre—dijo.

Flotó entre ellos la imagen y fué para la joven un instante de tortura sutil. Se apagó la luz amarillenta. En la obscuridad creció la latente angustia. Y, así, al sonar la vieja campana de un reloj, Ella, como recordando, alejóse del novio:

—¡Qué tarde es ya!

—¿Te marchas?

Y la enlazó nuevamente. No protestó. Dejose apretar contra el cuerpo varonil que exhalaba un aroma agradable, y sintió en los labios la presión de un beso; sintiólo como si fuese beso de protección, abrazo de dueño que tiene potestad y que al darlo ampara.

Alejóse él con su traza elegante, arremolinando detrás el humo del cigarrillo preso en la mano enguantada. Miráronlo pasar unas comadres y se alzó entre ellas un cuchicheo de maledicencia.

—Es ese el mozo de la Pilara.

—Ese es, y juran que de buena casa.

—¡El padre tiene miles!

—Cosas hay que no se pagan con miles.

—Pilara es buena.

—No son buenos sus años. Ya veredes ¿A qué vienen, si no, los señoritos?

—¡Es verdad, mujer!

Al doblar la esquina el amado, subió la joven. Cuando abrió la puerta despintada, acaricióla la tenue claridad que daba en la salita una luz, hasta el pasillo corto. Brillaba el quinqué sobre una mesita de castaño, y en un espejo de marco chillón, protegido por una gasa verde, reflejábanse los rostros con una palidez de muerte y las cosas con una vaguedad de ensueño, de ensueño triste. En la pared, unas fotografías mostraban sus recángulos de un color sepia alterado por las manchas lívidas de las caras y los tonos suaves de los trajes. Sobre la cómoda lucía el nácar de dos caracoles gigantescos, y entre los caracoles una Virgencita presa en un fanel resquebrajado. El lecho de la joven hallábase en el mismo aposento, con su colcha floreada y el embozo blanquísimo y los hierros negruzcos destacando en la pared.

La anciana cosía junto á la mesita, inclinada sobre la tela para ver mejor. Al entrar su hija, levantó la cabeza fatigada:

—Está aquí tu cena. La he tenido mucho tiempo al rescoldo. ¡Tardaste tanto!

Y Pilar, silenciosa, volcó en el limpio plato el pequeño puchero. La patata harinosa, deshecha, conservó casi la forma adoptada en el recipiente anterior: escapóse un tibio vaho que se irisaba al pasar junto á la luz,

haciendo perceptibles las partículas. Comenzó á cenar, abstraída: oíanse los picotazos de la aguja en la tela y el correr del hilo rozándola, con cierta isocronía; notábase también el arder de la mecha, ese ruidillo intermitente y tenue que parece el lejano zumbido de un insecto.

La vieja habló como siguiendo una conversación comenzada consigo misma:

—Será necesario hacerte algo de abrigo: está á llegar el mal tiempo. Parece que este año no tenemos otoño.

Pilar siguió abstraída, mirando á la luz, con el tenedor suspendido ante los labios; llegaba á ella el hablar de su madre sin que el alma devanase el sentido. Siguió la vieja después de una pausa en que se oyó la aguja:

—Ese taller será tu muerte, ¡tan frío! ¡A que ya pasa el agua tus zapatos?... ¡Cómo ha de ser! Cada día se ponen más feas las cosas. Se han echado á coser las señoritas de Adanza. ¡Las pobres!... ¡Mucha miseria hay, Dios mío!

Tembló el suspiro de la vieja en la salita callada. Pilar había bajado los grandes ojos, que parecían guardar alguna idea de odiosidad, y era que acaso la salmodia materna había hecho huir la bandada azul que volaba en su fantasía. Y siguió la vieja, después de otro silencio en que se oyó consumirse la mecha:

—¡Si viviese tu hermano!... Malos tiempos son para dos mujeres, no habiendo un hom-

bre á ganar; malos tiempos. ¿Sabes lo que nos queda para lo que falta de la semana?... Adivina.

Esbozóse un fruncimiento en el ceño juvenil, pero no sonó ahora tampoco la fresca voz. Tornó á suspirar la vieja y tornó á coser. Un silencio de sueño cayó blandamente sobre las personas, sobre las cosas. Vino de la bahía, súbito, el pitar de un vapor, largo y agudo como un grito de espanto dado en la lóbreguez del mar; se estremecieron las mujeres. Desde la ventana sin cortinas se vió pasar, perdido en la negrura remota, un punto rojo que marchaba lento, lento, rayando el horror gigantesco de la noche.

Y antes de que muriese el ascua en la distancia incalculable, había subido una oración ante la Virgen presa en el fanal hendido, y se había hinchado el embozo sin mácula sobre unos grávidos senos de mujer; y os juro en mi ánima que no soñó en los pobres zapatitos rotos la doncella adorable que un día deseó para sí la música de un nombre de princesa.

Se habían fatigado recorriendo el monte próximo á la urbe, escarpado, rocoso, sin un pino ni una mata abundante. Crecía en él un tojo enano por entre el que escapaban las sabandijas. Era alterada la uniformidad de color por rocas de blanco granito que erizaban el monte. En medio de él, una cantera formaba una sima angosta; corría en lo pro-

fundo un hilillo de agua verdinegra que iban lagrimeando las paredes. Detuviéronse á mirar el fondo con una ligera sensación de espanto. Luego sentáronse cara al mar, en el hueco de un peñasco pulido; extendíase la sábana azul al pie del monte de vertientes rápidas, y el ingurgitar del agua en las cavidades de las peñas tenía un rumor musical. Los rizos del agua teñíanse de pinceladas rojas, porque rojo era el cielo, y allá en el confín unos estratos que se alzaban en el horizonte se habían incendiado al mentido roce del sol, y simulaban una ciudad mítica, ascua y nieve, suspensa sobre el mar, y cuando el globo rojo se ocultó tras ellos para velar su maridaje con las aguas, surgió una aureola de bermellón y oro, y la ciudad fantástica ardió en un simulacro de apoteosis.

—Ahora—habló la joven—quisiera yo ir embarcada en una de esas barcas morenas que son viejas amigas del mar. Dejarnos conducir por las aguas hasta aquellos montes de enfrente. ¿Los has pisado alguna vez? Para mí son como países de cuento, azules y lejanos. Las gentes que allí habiten deben de amarse mucho en esa paz.

—Amarse libremente, ¿verdad? Un cariño amplio: concederse en las vereditas, en los pinares...

Miró él los ojos de la joven, donde se espejaba el globo de fuego, y añadió con voz de ansia:

—Como podíamos querernos tú y yo.

El campo es pecador: en las sombras de un bosque tenía culto Venus, y los viejos faunos triunfadores de la Helada han dejado oculta su esencia—al marchar—en los troncos huecos de los árboles y bajo las matas crecidas, como los avaros que ocultan sus tesoros al desterrarse. En el campo se ama y en el campo advierte la virgen las manos aromadas de Naturaleza desgarrar su túnica é incitarla al amor, ansiosa de mantener las razas. Y este divino celestinaje influía en el espíritu del joven y le impulsaba, imperioso.

Subía el rumor del mar como un rumor gentilicio, grave, continuo. En los ojos de la novia romántica parecía haber quedado un jirón de la suave claridad de la tarde otoñal, dorada como un racimo dionisiaco. El amante se arrastró ligeramente sobre la roca que era asiento común, para acercarse á Ella.

—Amarnos así. ¿No lo has pensado alguna vez? Poder ser besado todo tu cuerpo y que fuese un secreto nuestro triunfo para todos...

La besó. Tuvo el beso el sabor del pecado cometido cara á Dios, en el templo de la tarde solemne; el sabor de la tentación aceptada.

—Un secreto, ¿sabes?... ¿Quién lo ha de conocer? Te querría más.

—¿Se quiere más lo que se posee?

—Te lo juro.

—Y, sin embargo, no te creo.

Se agitó él, angustiado por su propia falta de ardor, por la ineficacia de sus pala-

bras. Su vulgar seducción mostrósele pobre y cobarde. Había pensado mucho tiempo la escena y contaba para el momento propicio con un arrebató inspirador de su propia ansia. Casi gimió una nueva vulgaridad:

—Será una prueba de tu cariño... una prueba.

Se había apartado ella y denegaba sonriendo con un amargo sonreír. Retorcía un tallo cogido en una hendedura de la roca. Y el novio tuvo un arrebató salvaje.

—¿Y si te obligo?

Se incorporó un poco:

—¡No lo harás!

Hízose serio el semblante femenil; se irguió el cuerpo, prevenido en una actitud de orgullo. Otra vez sonaron sus voces breves y nerviosas:

—¿Y si te obligo?

—¡Suelta!

La había agarrado y pugnaba por atraerla hacia sí; la noción de su cobardía restábele fuerzas. Al fin desprendióse Pilar, sofocada; barbotó con ira:

—Eres como todos.

Y replicó él, con un despecho sordo, recogiendo con afectado desdén el sombrero caído en la lucha:

—Y tú una romántica cursi.

Ella había escalado la roca y se alejó. En la mancha verde del campo, la blusita blanca lució unos segundos; luego abandonó la joven la vereda, deseosa de ocultarse á la

mirada que sentía pesar sobre sí; parecíale un vencimiento su victoria. Llevaba una adolorida impresión de ridículo de aquel hecho brutal é impensado, el ídolo roto y la frase final del joven repitiéndose temáticamente en la confusión de su alma, como una sentencia de inferioridad. ¿Qué había sido ella para el amado engañador?... Parecíale que una arista proal surcaba su vivir y lo desgarraba con un trazo hondo de remolinos.

Y sintió toda la humildad de su existencia y la farsa de sus ensueños ridículos pesar dentro de ella como cuerpos inertes. Fué toda la tragedia de su vida. En lo íntimo quedóle una secreta pesadumbre por haber cerrado su alma á aquel soplo de fuego, á la intensidad de unos minutos que habrían de dejar un surco en la llanura de sus años.

Entró en la ciudad: andaba como temerosa de la luz, como temerosa de las gentes; llegó á la calle estrecha de casitas humildes, franqueó el portal oscuro, y en la crujiente escalera, entre las sombras, sentóse á llorar, inconsolable, porque advirtió que habían cortado las alas de sus sueños y que sus sueños eran todo su vivir, y, al ir cayendo, iba haciéndose más estrecha la calle, más húmedo el portal, más triste la salita caleada en donde la vieja estaba sola con el rumor de su aguja.